

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 84 – 31 de Diciembre de 2015

En este número

1. ¡Feliz año 2016!, *Emilio Álvarez Frías*
2. Cierta olor a indecencia, *Fernando García de Cortázar*
3. Disidencia frente al pensamiento único, *Pedro Luis Llera*
4. Carta a Manuela Carmena, de un nieto del General Saliquet

¡Feliz año 2016!

Emilio Álvarez Frías

¡Ah, tomar las uvas en la Puerta del Sol en el tránsito de un año al siguiente! Con las matizaciones de unos años a otros, siempre ha sido una fiesta simpática amable, cordial, abierta, plena de alegría, donde los asistentes semejan conocerse de siempre y las felicitaciones son continuas. Este año, por mor del excesivo número de personas que las autoridades prevén desean acudir, más las medidas antiterroristas que en estas calendas han de tomarse en toda manifestación donde la concurrencia sea numerosa, el acceso a la plaza estará controlado y se limitará el número de personas que entren. Es un síntoma claro de que, cada vez que nos



aseguran que tenemos más libertad, ésta se nos niega en la realidad y nos vemos privados cada vez más frecuentemente de su ejercicio. Por eso los que contamos algunos años no nos cansamos de asegurar a las nuevas generaciones que cuando nosotros éramos jóvenes disfrutamos de mucha más libertad de la que ahora existe y nuestra vida no estaba tan regulada como en la actualidad. Sí, realmente éramos mucho más libres.

Nada mejor esta Nochevieja que ir a la Puerta del Sol

pertrechados de nuestras uvas a celebrar la entrada del año 2016 en la esperanza de que éste sea mejor que ha resultado el presente, con ánimo de que desaparezcan todos los nubarrones que nos agobian, la intención de que con el esfuerzo de todos resulte posible ver un horizonte despejado hasta más allá del año que comienza, y, la confianza de que podamos acallar temores y relajar el cuerpo y la mente.

¿Y por qué queremos llevar a los amigos de la *Gaceta* a la Puerta del Sol, a mezclarse con el

pueblo de Madrid, a intentar entenderse con los extranjeros de múltiples lenguas que vienen a este lugar a celebrar la fiesta, y a confraternidad con gentes de todas las provincias españolas allí representadas? Porque como somos amantes de las tradiciones en cuanto sean buenas, bellas y beneficiosas, nos apetece tomar las uvas al pie del reloj situado en la antigua Casa de Correos, escuchando en directo las campanadas que nos transportan primero por los cuartos preparándonos para cuando empiecen a sonar las que nos impulsarán a llevar a la boca cada una de las doce uvas representativas de la hora, y luego brindar con sidra de Villaviciosa.

Nos hemos atrevido a considerar tradicional este acto no programado por ninguna autoridad, sino nacido del pueblo llano porque si a efectos de declaración de antigüedad de las cosas muebles se considera tiempo suficiente el transcurso de un siglo, pensamos que transcurrido ese mismo tiempo también se pueden calificar como tradicionales a las festividades populares. Por ello, habiendo transcurrido más de siglo y medio desde que existen indicios de la costumbre de los madrileños de tomar las doce uvas en la Puerta del Sol al son de las campanas del reloj regalado por el relojero José Rodríguez Losada, reloj que fuera inaugurado en 1866 por Isabel II con motivo de su cumpleaños. Ha pasado tiempo para que sea considerada una tradición madrileña, que luego fue asumida por el resto de España, lo que empezó con la aparición de la radio mediante la transmisión de las campanadas del reloj de la Casa de Correos, de la que tomó el relevo Televisión Española en 1956.



Pertrechos con un botijo de Calvo, Cuenca, emperifollado de dibujos y relleno de anís del Mono, nos vamos con nuestros amigos a tomar las uvas a la Puerta del Sol, esperando que las autoridades nos permitan pasarlo ya que nos hemos provisto previamente de un salvoconducto que nos ha facilitado la alcaldesa de Madrid, señora Carmena.

Cierto olor a indecencia

Fernando García de Cortázar

Director de la Fundación Vocento.

Hace ahora once años, cuando una matanza a manos del terrorismo islámico provocó la derrota electoral del partido en el poder, creí que nunca podríamos caer tan bajo, que habíamos tocado fondo, que jamás superaríamos la ignominia de aquellos días. A diferencia de lo que habría sucedido en cualquier país civilizado, en aquella España de izquierda desquiciada y ciudadanía perpleja, la muerte de los inocentes no se aprovechó para cerrar filas y sentirnos parte indisoluble de una sola nación, a la que no lograrían amedrentar masacres como la sufrida. Ni sirvió, en absoluto, para responder a aquel ultraje con el reforzamiento de la unidad en torno a nuestros principios constitucionales y a los valores de nuestra civilización.

La inmadurez de unos, el oportunismo de otros y la ignorancia manipulable de quienes se lanzaron a la calle, en unas vejatorias jornadas en las que se responsabilizó al Gobierno y al Partido Popular de la matanza, han pasado a la historia como modelo de falta de calidad democrática, ausencia de fibra cívica y nulidad de cualquier vestigio de decencia en quienes lideraron aquella pantomima. Somos el único país occidental en el que un acto de estas características provocó el efecto deseado por sus autores: la caída del Gobierno, la atribución de su desgracia a un merecido castigo, y el insulto y deslegitimación de los votantes de un partido liberal conservador que había obtenido la mayoría de los votos en dos elecciones consecutivas. Incluso cuando, a pesar de innumerables amenazas y actos de violencia, uno de cada tres

españoles volvió a votar al Partido Popular, la izquierda decretó que aquellas elecciones no habían sido una derrota de la derecha, sino un triunfo de la democracia. Aquellos días, justamente aquellos días, se rompió la columna vertebral de una cultura política gestada en la transición. Porque solo entonces llegó a afirmarse por las fuerzas de izquierda, y bajo el liderazgo del PSOE más mezquino e insolvente de nuestra democracia, que la mitad de los españoles carecíamos del derecho a ser respetados por votar una opción política que gobernaba y gobierna en la mayor parte de los países de Occidente.

Quizás el paso del tiempo, el espanto de la crisis y la normalidad con que se produjo el retorno del Partido Popular al gobierno, consiguiendo la mayor concentración de representación institucional alcanzada en España desde el arranque del Estado de las autonomías, nos han alejado de aquella visión pavorosa de unos días de marzo, cuando se asaltaban locales de un



partido democrático, se injuriaba a sus dirigentes y se humillaba a sus afiliados y votantes. Esa compasiva trama del olvido, que nos ha invitado a dialogar con quienes tanto daño hicieron a nuestra democracia, los que despertaron las peores pesadillas de las dos Españas, nos ha hecho bajar la guardia y deponer la crítica. Ha impedido que relacionemos lo que nos viene ocurriendo en estas semanas con lo que se inició entonces, cuando la izquierda aprovechó la más grave de nuestras circunstancias para

romper las garantías en las que se basa nuestra seguridad jurídica y nuestros principios de convivencia. Porque ese descabellado impulso de esos días, en los que todo valía para echar a la derecha no solo del gobierno, sino del espacio de la democracia, es el que ha permitido situaciones actuales como la impugnación de la realidad nacional española por el separatismo, el incumplimiento de la ley por quienes tienen la obligación de defenderla, y el desafío permanente a nuestras instituciones por quienes califican de pecado original los orígenes de nuestro sistema parlamentario.

Por eso he empezado diciendo que entonces, en las jornadas aciagas de marzo de 2004, creí que nunca podríamos caer más bajo. Está claro que infravaloré a nuestra izquierda, en nombre de cuya imaginación se dijo un día que, para ser realistas, debíamos pedir lo imposible. Minusvaloré la incompetencia de análisis, ciclotimia ideológica, relativismo moral y falta de escrúpulos con los que el PSOE empezó a manejarse desde que dejó de tener algo que ver con el sobrio, inteligente y pragmático reformismo de la socialdemocracia europea. Perdí de vista la profundidad de la devastación estratégica y doctrinal que el zapaterismo había volcado en aquel espacio social donde siempre se había encauzado el compromiso con una tradición digna e indispensable para mantener en pie nuestra democracia. Confundiendo mis piadosos deseos con la adusta realidad, extravié el sentido crítico que había alimentado mi indignación ante lo que ocurrió en aquella primavera cruel y mi desprecio profundo por quienes se aprovechaban de un ejercicio tan avieso de desmoralización del pueblo español.

Ha bastado con que la crisis provocara la penuria de millones de ciudadanos, ha bastado con que la flaqueza ideológica de la derecha decidiera no dar ni una sola batalla de ideas, ha bastado con que se extendiera la desesperanza y la protesta por una coyuntura a la que se ha añadido el repugnante rictus de la corrupción, para que la herida abierta hace once años volviera a supurar. Como entonces, nuestro país no ha respondido a la crisis volcándose en el

apuntalamiento de nuestro sistema político; ni tampoco haciendo hincapié en las garantías constitucionales que protegen la alternancia y permiten cambiar un gobierno al que reprochemos una mala gestión o en el que ya no tengamos confianza. Lo que se ha hecho en la última campaña electoral es justamente lo contrario. Se ha dicho a los españoles que debían elegir entre los demócratas sinceros y quienes solo parecen serlo por imperativo legal. Se ha puesto sobre la mesa un gran pacto cuya lógica interna es, en la práctica, un nuevo proceso constituyente. Que el Partido Socialista no acabe de darse cuenta de ello es solo una cuestión de abundantes dioptrías políticas y de escasa perspicacia moral. Incapaz de fijar, como hacen todos los partidos socialdemócratas europeos, una línea clara de lealtad constitucional, prefieren trazar esa raya en el agua que solo de forma efímera y superficial los separa de los grupos antisistema.

A la socialdemocracia española corresponde la inmensa responsabilidad histórica de haber dado poder institucional a aquellos grupos cuyos resultados electorales nunca les habrían permitido plantear desde alcaldías y mayorías parlamentarias autonómicas lo que en verdad desean: romper el acuerdo fundacional de nuestra democracia y, por tanto, empezar un viaje hacia la declaración de un nuevo periodo constituyente. Que el socialismo español considere enemigos a quienes son gobierno o alternativa de gobierno en toda Europa, mientras se encama con las mismas fuerzas políticas a las que la sensatez de la socialdemocracia occidental considera un aliado indeseable, es un episodio más de esa deriva de la conciencia política de España que empezó una terrible mañana de marzo de 2004. Tiene algo de impostura atribuir al ciclo electoral que acaba de abrirse el tono de una inmensa regeneración nacional, cuando lo único que se hace es intimidar e injuriar a tantos millones de españoles que, a pesar de los pesares, han continuado confiando en nuestras instituciones y en nuestros valores. Tiene un cierto aire de ingravidez ética y falsedad documental. Tiene un cierto, inquietante y apesadumbrado olor a indecencia

Tomado de *ABC*

Disidencia frente al pensamiento único

Pedro Luis Llera

Licenciado en Filología Hispánica (Literatura Española)

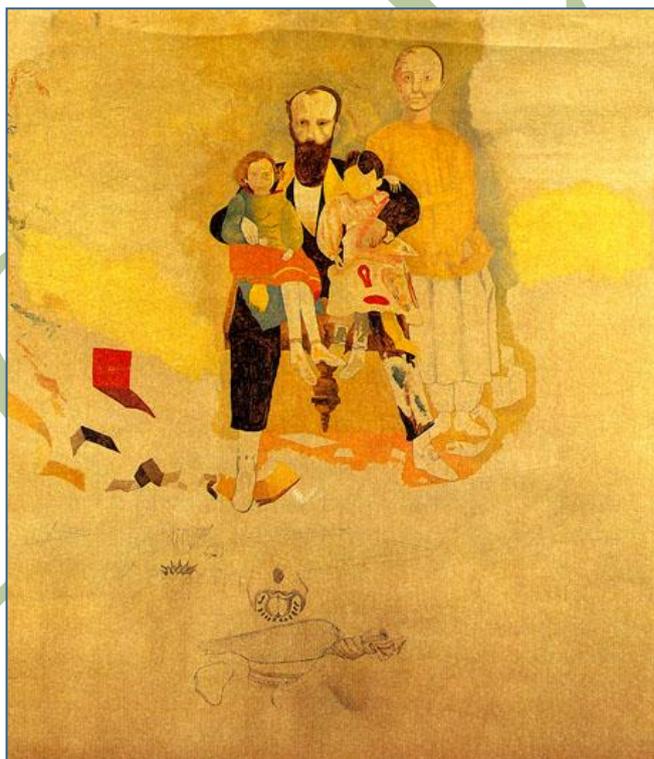
Vivimos en los albores de una nueva etapa negra de la Historia. Si Dios no lo remedia, se nos avecina una nueva era marcada por el totalitarismo, las dictaduras y la represión; solo que esta vez la dictadura será a escala global. El llamado Nuevo Orden Mundial pretende imponernos un nuevo modelo de sociedad, dominada por un pensamiento único. Parece como si las distopías de Orwell o de Robert Hugh Benson se nos vinieran encima de repente. Quieren transformar la sociedad y dominarla. Y ello pasa por la destrucción de la familia.

Pero, ¿por qué quieren acabar con la familia? ¿Por qué esa obsesión? Pues porque la familia es la célula básica de la sociedad. La familia establece unos lazos, unos vínculos; la familia transmite unos valores que el pensamiento único detesta. La persona, sin familia, sin referencias, sin ningún tipo de anclaje, sin un paraguas que la ampare cuando llegan las crisis o las dificultades; la persona, desvinculada, queda a merced del Estado. De esta manera, una vez tomado el poder, los políticos de turno (todos piensan lo mismo y lo único que se puede pensar) adquieren un poder omnímodo y el Estado se convierten en un nuevo dios, dueño y señor del destino de cada individuo. El Estado se convierte en un ídolo al que hay que adorar para que solucione todos los problemas de la gente: la educación, la sanidad, las pensiones, las prestaciones por desempleo... El hombre queda a merced del Dios Estado Providente que me hará feliz y garantizará mi bienestar a cambio de que sea sumiso y obediente. Con eso, se consigue aplastar a la sociedad civil y a cualquier institución intermedia entre el Estado todopoderoso y la persona. Se acaba así con la libertad y con la democracia y se instaura un nuevo tipo de totalitarismo -con apariencias

de democracia- que condenará a cualquiera que se atreva a ir en contra del pensamiento único políticamente correcto.

Marx afirmaba que toda la historia es una lucha de clases, de opresores contra oprimidos, en una batalla que sólo se resolverá cuando los oprimidos se alcen en revolución e impongan una dictadura de los oprimidos. Entonces, la sociedad será totalmente reconstruida y emergerá la sociedad sin clases, libre de conflictos, que asegurará la paz y prosperidad utópicas para todos. Los marxistas clásicos creían que el sistema de clases desaparecería una vez que se eliminara la propiedad privada, se facilitara el divorcio, se forzara la entrada de la mujer al mercado laboral, se colocara a los niños en institutos de cuidado diario y se eliminara la religión. Sin embargo, para los nuevos progresistas, los comunistas fracasaron por concentrarse en soluciones económicas sin atacar directamente a la familia, que es el verdadero origen de la lucha de clases.

En los años 70, tras la Revolución del mayo del 68, los movimientos de izquierda -comunistas, anarquistas, hippies- empezaron a atacar a la familia considerándola como una institución reaccionaria. Entonces se decía que el matrimonio mataba el amor; que cuando se ama a otra persona, no hacían falta contratos ni firmas ni ceremonias. Defendían entonces el «amor libre» y las «parejas de hecho». Lo ideal era que las parejas vivieran juntas, sin ataduras ni compromisos ni vínculos matrimoniales. Y así, cuando el amor «se acabara», cada uno se iba por su lado y aquí paz y después gloria. El problema surgía cuando había hijos de por medio y quedaban desamparados tras las separaciones. Así que hubo que regular legalmente las parejas de hecho para que tuvieran los mismos derechos y obligaciones que los matrimonios. Y así se hizo. Pero como hombres y mujeres seguían empeñados en casarse y el plan de acabar con la familia por ese camino había fracasado -o se mostraba claramente insuficiente-, los ideólogos «progresistas» tuvieron que ir más allá: si no podemos destruir a la familia convenciendo a la gente para que no se case, vamos a acabar con la familia procurando que legalmente cualquier cosa sea una familia. Y entonces, se acabó con el discurso del amor libre y decidieron reformular el concepto de matrimonio y propugnar «nuevos modelos de familia»: familias monoparentales, homosexuales... Y todos los que hasta hace un minuto despreciaban el matrimonio y atacaban la institución familiar, se pusieron a reivindicar su derecho a casarse. Y así se ha llegado a la legalización del matrimonio homosexual. Pero créanme: a quienes promueven el matrimonio homosexual, el matrimonio en sí les importa un bledo. Lo que quieren es acabar con la familia tradicional: si cualquier cosa es un matrimonio y una familia, el matrimonio y la familia acaban convirtiéndose en nada. Su objetivo sigue siendo el mismo que cuando predicaban el amor libre. Ni más ni menos.



Hoy en día, las ideologías tradicionales han muerto y los partidos políticos apenas se diferencian. Liberales y conservadores han asumido que los principios progresistas son superiores. La derecha ha renunciado a sus propios valores y ha aceptado la superioridad moral de la izquierda. De este modo, al final, todos piensan igual y solo se distinguen unos de otros por alguna que otra receta técnica de carácter fundamentalmente económico. En lo demás, son esencialmente idénticos: cuando los partidos de derecha llegan al poder, lo que hacen es consolidar cada uno de los «avances» que la izquierda ha ido consiguiendo. Lo que ha pasado en

España con la legislación sobre el aborto o el matrimonio homosexual resulta sumamente ilustrativo. Hay una serie de ideas de fondo en las que todos están de acuerdo. Se ha llegado a una especie de consenso ideológico transversal. Se mantiene la ficción del pluralismo ideológico y la democracia: puedes votar a distintas opciones. El problema es que todos los partidos son en realidad el mismo partido. Sólo se puede pensar de una manera y quienes se apartan de esa manera de pensar son automáticamente estigmatizados y señalados como peligrosos integristas radicales, lo que supone su muerte social. Predican la libertad y la tolerancia pero, a la hora de la verdad, practican lo contrario.

El instrumento de transformación social que el Pensamiento Único ha asumido como innegociable y que han asumido como propio todos los partidos políticos del arco parlamentario –no sólo las formaciones políticas de izquierda, sino también la derecha liberal pagana y anticristiana– se llama Ideología de Género. Esta ideología considera que los roles del hombre y la mujer no son resultado de la naturaleza, sino de la historia y la cultura. Es la sociedad la que inventó los papeles de hombre y mujer. Según este planteamiento, para conseguir la igualdad definitiva entre hombre y mujer sería necesario:

a) Cambiar los roles masculinos y femeninos existentes: hay que *deconstruir* (destruir) los roles del hombre y la mujer. En realidad, el ser humano nace sexualmente neutral. Más tarde, es socializado en hombre o en mujer. Esta socialización afecta de manera negativa a la mujer. Por ello las feministas proponen depurar la educación y los medios de comunicación de todo estereotipo de género.

Los ideólogos del Pensamiento Único saben muy bien que la educación, los medios de comunicación y los productos culturales (series de televisión, películas, teatro, literatura...) son instrumentos que deben dominar y controlar para transmitir su ideología. Por eso en todas las series de televisión hay su cuota de homosexuales, con el fin de normalizar y visibilizar la realidad que ellos quieren imponer. Por eso, en esas mismas series de televisión, los católicos siempre aparecemos como personajes patéticos, reaccionarios, ridículos, deleznable e hipócritas.

b) Cambiar el lenguaje: el Nuevo Orden Mundial pretende también transformar nuestra manera de hablar y de escribir porque consideran que el idioma es machista e «invisibiliza» a la mujer. Por eso se han inventado una nueva lengua «igualitaria» (como la neolengua orwelliana). Tienen que cambiar el lenguaje para cambiar el pensamiento y transformar la realidad. En esta nueva jerga, por ejemplo, se eliminan todas las palabras que incluyen lo femenino dentro de lo masculino. Así en vez de «los alumnos de esa clase» se dirá «los alumnos y alumnas de esa clase». O se cambiarán términos como «Asociación de Padres» por «Asociación de Padres y Madres». También están promoviendo el uso de la grafía «@» para incluir a los dos géneros de una palabra a la vez. Su pasión revolucionaria les lleva a pretender modificar nuestro lenguaje. Ya no les vale el español de Cervantes, Lorca o Rafael Alberti. Y en ciertos ámbitos, supuestamente «ilustrados» (políticos, psicólogos, periodistas, profesores...), esta ideología está calando de manera tan llamativa, como lamentablemente reveladora del nivel de servilismo y mediocridad de buena parte de la supuesta intelectualidad contemporánea. De nada vale lo que pueda decir la Real Academia Española de la Lengua ni los escritores que siguen manteniendo una pizca de libertad.

c) Fomentar diferentes formas de contacto sexual como parte de la igualdad: se reclama el reconocimiento del derecho hedonista al placer sexual, libremente deseado, sin vinculación necesaria a la afectividad (al amor); sin que se limite al matrimonio, a la heterosexualidad o a la procreación. Ya no existen dos sexos. Existen cinco géneros: heterosexual masculino, heterosexual femenino, gay, lesbiana y bisexual; sin olvidar la transexualidad (incoherencia entre sexuación de cuerpo e identidad de género, que les lleva a someterse a intervenciones quirúrgicas de cambio de sexo), el transgenismo (los que desean cambiar su identidad de género, pero sin transformar su cuerpo), o el travestismo (placer erótico que surge de vestirse con ropa del otro sexo).

En este sentido, la Ideología de Género incluye como parte esencial de su agenda la promoción de la «libre elección» en asuntos reproductivos y de «estilo de vida». «Libre elección de reproducción» es la expresión clave para referirse al aborto libre; mientras que «estilo de vida» apunta a promover la homosexualidad y toda forma de sexualidad «alternativa».

El homosexualismo político pretende «normalizar» comportamientos ciertamente rechazables moralmente para un católico. Su objetivo es cambiar la sociedad, nuestra cultura y nuestra civilización a través de cambios legislativos que redefinan las evidencias antropológicas y biológicas. Por ejemplo, pretenden perseguir penalmente a quienes afirmamos que los actos homosexuales constituyen una grave depravación moral. Así, todos los que no compartimos sus opiniones somos acusados de «homofobia».

La asignatura de *Educación para la Ciudadanía* que implantó la LOE –evaluable y obligatoria, al contrario que la Religión– se inscribe dentro de esta política de adoctrinamiento ideológico, de agitación y propaganda (el *agitpro* de toda la vida), al servicio de la nueva revolución del arco iris y del Pensamiento Único.

La Ideología de Género tiene una vocación sustancialmente totalitaria. Sólo pueden ser considerados demócratas aquellos que piensan como ellos. Y todos los que pensamos de manera



diferente somos caradura reaccionaria y casposa. Se trata de una concepción de la democracia al estilo de la antigua «República Democrática Alemana». Los que nos apartamos del pensamiento políticamente correcto somos ciudadanos de segunda a los que hay que eliminar, reeducar o reducir al ostracismo (eso ya lo hacía papá Stalin). De ahí el constante acoso a los católicos y a todos cuantos se oponen a esta nueva revolución silenciosa, a esta nueva dictadura a la que nos quieren someter. Porque una vez que todo el arco político ha aceptado y asumido el

pensamiento único, el único adversario que les queda a quienes promueven la Ideología de Género es la Iglesia Católica, que mantiene los principios morales cristianos y se opone radicalmente a esta Ideología totalitaria.

«Los códigos culturales profundamente enraizados, las creencias religiosas y las fobias estructurales han de modificarse. Los gobiernos deben emplear sus recursos coercitivos para redefinir los dogmas religiosos tradicionales»: son palabras recientes y muy reveladoras de Hilary Clinton. Espeluznante: mentalidad totalitaria pura y dura. Por este camino, llegaremos a la ilegalización de la religión católica. Con lemas como «arderéis como en el 36» o «la única iglesia que ilumina es la iglesia que arde»; con asaltos «pacíficos» a nuestras capillas; con la propagación del odio hacia los católicos, no tardaremos en encontrar a grupos descontrolados y violentos que pongan la bala donde otros han puesto previamente la diana. Lo mismo que ocurrió en los años treinta cuando los «descontrolados» se dedicaron a quemar iglesias y a fusilar a fieles católicos, a curas y a obispos.

Ante esta amenaza totalitaria, reivindico el derecho a la disidencia, a pensar como me dé la gana, a definirme como católico y a defender los valores cristianos que desde hace siglos configuran la cultura y la historia de España y de Europa.

Los católicos tenemos derecho a serlo, a vivir conforme a nuestros principios morales, a celebrar nuestros sacramentos «como Dios manda» y no como le gustaría al «lobby gay»; a vivir como ciudadanos libres en una sociedad plural. Nosotros no queremos imponer nada a nadie. Y la Iglesia no cierra sus puertas a nadie ni excluye a nadie. Pero la Iglesia tiene el deber de conservar y transmitir la fe en su integridad: guste más o guste menos. La Iglesia tiene la obligación de predicar el Evangelio y la doctrina que ha llegado hasta nosotros por la tradición apostólica y por las palabras y la vida de los Santos. La salvación que anuncia la Iglesia pasa por la conversión de todos a Cristo. Cristo murió y resucitó para salvarnos a todos: si queremos. Pero esa salvación pasa, insisto, por la conversión; es decir, por cambiar nuestra manera de vivir para hacerlo conforme a los Mandamientos de la Ley de Dios. Lo que la Iglesia nunca podrá hacer es adaptarse a los gustos del mundo ni acomodar su predicación al pensamiento o a las imposiciones de los poderosos de este mundo o de los grupos de presión. No vamos a permitir que el pensamiento único nos obligue a renunciar a nuestros principios ni nadie nos va a obligar a redefinir nuestros dogmas, nuestro catecismo o nuestros sacramentos para adaptarlos a lo que le agrade al mundo. No vamos a adorar al Dios Estado ni vamos a plegarnos a las exigencias de los enemigos de Cristo y de la Iglesia. «Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien temed a aquel que puede hacer perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno». «Nos acosan por todas partes, pero no hasta el punto de abatirnos; estamos en apuros, pero sin llegar a ser presa de la desesperación; nos persiguen, pero no quedamos abandonados; nos derriban, pero no consiguen rematarlos». Se avecinan tiempos recios.

Carta a Manuela Carmena de un nieto del General Saliquet

Jose Luis S. Saliquet, Cazcarro Schumann, Navarro Zumeta y Alonso de Celada

Leo sin odio ni tampoco sorpresa, aunque imagino que con su sonrisa y la de su marxista consistorio, sus dos últimas medidas políticas, que sin un ápice de duda no ayudarán a la prosperidad de la ciudad, ni a la concordia entre sus ciudadanos:

- Sustituir a los cristianos Reyes Magos por reinas.
- Retirar las calles que recuerdan a las víctimas del marxismo y a quienes nos defendieron de él.

Poco análisis haré de cómo pretende pervertir un hecho recordado durante XXI siglos. Me refiero a la milagrosa visita de aquellos reyes (los cristianos lo consideramos el primer milagro de Jesucristo) portando valiosos regalos, «*incienso, mirra y oro*» para homenajear la llegada de un niño judío, nacido en un humilde pesebre. Cristo Rey.

Imagino la sonrisa de medio mundo ante la patética manipulación histórica de una celebración de carácter planetario, publicitando su estulticia sectaria anti-cristiana, propia del marxismo más casposo y anciano, en un gesto más del odio secular que proclaman, también a lo judío.

Hoy, los consistorios controlados por Podemos están impulsando campañas de señalamiento al judío, perseguidos desde 1920 por el Islam, cuyo derecho a la defensa o se niega o se exige sea equidistante. El #BDS. Nada nuevo en marxistas cuyas contradicciones os sitúan en el más absoluto ridículo. Hasta Marx era judío.

Usted, anciana comunista, solo tiene como «fe» su propio egoísmo, única definición de marxismo. Su marido es la mejor prueba de esa estafa ideológica, que mientras proclama la defensa de «los parias de la tierra» los saquea, y al que sin tardanza se



ha entregado tras tomar el poder en Madrid, en unas elecciones, recuerde, que perdieron, colocando amigos y familiares mientras anuncia, en otro robo propagandístico, haber reducido el déficit de Madrid un 19.3% en solos seis meses. Un mérito de Ana Botella que revela la malicia de la actual alcaldesa.

Esta circunstancia, un ayuntamiento comunista en la capital, es en sí todo un hecho histórico. Solo una vez antes había gobernado el comunismo en la ciudad de Madrid. Fue con el Frente Popular, de funesta memoria, quien, curiosamente, tampoco ganó las elecciones.

Quienes leemos sobre los usos y costumbres del marxismo sabemos que *«La esencia de la dialéctica marxista es el fetichismo de las palabras, cuyo sentido variará según las necesidades»* (V. Misses). No hay nada más fácil que poner este hecho en evidencia.

Para ello no me iré a Cuba, esa monarquía castrista hereditaria, me quedaré en Europa. Bien sabe el mundo cuán democráticas fueron aquellas repúblicas socialistas, cuyo término de «democráticas» ostentaban manipulando sin rubor. Quien quería salir de ellas, recibía un pasaporte a la eternidad, disparado por la espalda al intentar franquear el muro de la iniquidad comunista. Recuerden: República democrática de Rumania, de Checoslovaquia, de Polonia, de Alemania... Todas satélites de los soviéticos. Una perversión que usted practica sin rubor y circularmente.

Y si la democracia es la preservación de los derechos mediante la ley, de democracia vengo a hablarle. La del Frente Popular, que «reventó» las elecciones de febrero de 1936 y la del primer derecho, el de la vida y la propiedad, ambos contrarios al marxismo que usted representa.

Mientras, desde su aparente y bondadosa ancianidad insiste en pervertir la historia pasada de mis mayores y la realidad de mi presente, inventando 25.000 niños hambrientos en Madrid para engañar al elector y tomar el poder.

Recuerde, la crisis económica y sus miserias las trajo, una vez más, un gobierno socialista, gracias a un personaje que se declaraba «rojo», término que se empleó en la Guerra Civil, aunque no más rojo que usted.

Pero la realidad, hoy, bondadosa abuelita, no es ya tan fácilmente manipulable en esta nueva sociedad 2.0 de la información, que tanto buscan controlar y manipular. Decenas de «bots» «podemitas» me asaltan en Twitter con sonrisas.

En su ensalzada y democrática II República, el 28 de mayo de 1931, a solo tres semanas de inaugurarse ésta (gracias a unas elecciones municipales, también fraudulentas, que ganaron los monárquicos) ardían nada menos que 100 templos en toda España. Su concejal, Rita Maestre, hubiese gozado estando allí, ¿recuerda?: «Arderéis como en el 36», gritaban en la Complutense. El problema es que empezaron en 1931, tras inaugurar la II República. Solo se trata de tener memoria histórica, esa que tanto proclaman pero callan sesgadamente.

La protección a los derechos de los ciudadanos católicos en aquella estafa republicana no se hizo esperar; vino nada menos que de la mano de Azaña, presidente del gobierno, quien declaró con rigor: «Todos los conventos e iglesias de Madrid no valen la sangre de un republicano». Y claro, la cosa duró tres días. Menuda Azaña-da.

Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República, narra estas «hazañas democráticas marxistas» en sus memorias, guardadas con sus bienes y ahorros en «Banco de España S.A.» (entonces el banco no era nacional, sino privado) saqueado por Negrín y Prieto en septiembre de 1936.

La cuarta reserva de oro más importante del mundo se envió a Moscú, mire usted qué cosas, sentando un precedente en la historia jamás visto desde Fernando VII: una nación entregando su tesoro patrio a otra, en este caso la que el comunista Stalin tiranizaba, y desde donde, a través del Komintern, se controlaban las brigadas internacionales.

Prieto y Negrín entregaban el tesoro nacional y de paso se preparaban un lujoso retiro de salir mal la Guerra Civil tan buscada (eso se lo explico después).

Niceto, conocedor del robo de su patrimonio y memorias, de nuevo las reescribió antes de morir. En ellas (léanlas, están publicadas finalmente, a pesar de Zapatero, quien las secuestro) narra como el bolchevique Frente Popular bastardeó las elecciones de febrero de 1936 tomando el poder hacia la revolución soviética. Y frente a una violenta realidad insistentemente proclamada desde el pistolero marxista con hechos (cientos de asesinatos) y proclamas (más abajo las publico), un puñado de militares evitaron que España hubiera acabado como otro estado satélite de la URSS. Mi abuelo fue uno de ellos.

Usted acusará a mi abuelo de fascista (en las redes me pasa a diario) y yo a usted de mentir. La razón me asiste a mí. Él era un militar y solo militar. Héroe en Filipinas, Cuba y Marruecos, defendió la propiedad privada, los derechos civiles y su juramento a España, que los marxistas, entonces como hoy, asaltaron y pretendían pervertir.

Para su ignominia, abuelita, la hemeroteca y la democracia sí son compatibles. Por eso, le traigo solo 5 citas del «*Lenin Español*» que acreditan mi relato. Así llamaban entonces a Largo Caballero, el sucesor de Pablo Iglesias, fundador del PSOE, y no su jefe de Podemos:

El 23-11-1931, Largo Caballero, ministro de Trabajo, ante la posibilidad de que las Cortes Españolas se disolviesen, amenaza: *«Ese intento sólo sería la señal para que el PSOE y la UGT lo considerasen como una provocación y se lanzasen incluso a un nuevo movimiento revolucionario.*



Largo Caballero con un grupo de sus milicianos

No puedo aceptar la posibilidad, que sería un reto al partido, y que nos obligaría a ir a una guerra civil».

El 24-05-1936, en Cádiz, tras la victoria del Frente Popular, al que pertenecía el PSOE.: *«Hay que apoderarse del poder político; pero la revolución se hace violentamente: luchando, y no con discursos».*

En un Congreso de las Juventudes Socialistas: *«No creemos en la democracia como valor absoluto. Tampoco creemos en la libertad».*

En una entrevista en *El Liberal* de Bilbao (20-01-1936): *«Quiero decirles a las derechas que si triunfamos colaboraremos con nuestros aliados; pero si triunfan las*

derechas nuestra labor habrá de ser doble, colaborar con nuestros aliados dentro de la legalidad, pero tendremos que ir a la Guerra Civil declarada. Que no digan que nosotros decimos las cosas por decirlas, que nosotros lo realizamos».

En un mitin celebrado en Linares el 20-01-1936: *«La clase obrera debe adueñarse del poder político, convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo, y como el que tiene el poder no ha de entregarlo voluntariamente, por eso hay que ir a la Revolución».*

La Guerra Civil fue provocada por los marxistas de entonces y lo consiguieron, como proclamaron. Gracias a Dios la ganaron los compañeros de armas de mi abuelo, y yo, desde aquí, se lo agradezco. Casi un siglo después, ustedes siguen odiando tras esa derrota y yo, ilusionado en 1978 con el espíritu de reconciliación y el perdón de la Transición, hoy me lamento de ello. Usted no quitara las calles, plazas o institutos al asesino Carrillo o La Pasionaria. Su sectarismo, abuelita, señala su odio.

«Este crimen es la guerra civil» exclamó Prieto, tras conocer la noticia del asesinato del líder de la oposición por sus propios guardaespaldas, en revancha por el asesinato de Castillo, quien

instruía y dirigía a las juventudes socialistas, los escuadristas del PSOE, sicarios y pistoleros de la República, con Carrillo entre ellos.

El líder de la oposición, Jose Calvo Sotelo, asesinado vilmente por dichos sicarios socialistas tras allanar su casa por la noche, violando su inmunidad parlamentaria (el marxismo jamás respetó algo) nos dejó una frase: *«para levantar una nación hacen falta siglos y héroes, para destruirla un par de años y un monstruo al mando de la nave»*.

Como colofón a esta memoria historia que ustedes ocultan, le dejo una reflexión de Salvador de Madariaga, republicano independiente e historiador: *«Lo que hizo inevitable la Guerra Civil española fue la Guerra Civil en el seno del Partido Socialista. No es extraño que el fascismo medrara. Que nadie alegue que fue la violencia fascista la que provocó la violencia socialista. Los pistoleros de Largo Caballero no dispararon contra los fascistas, sino contra sus hermanos socialistas... La política confesada, mayor aun, proclamada (por Largo Caballero) era precipitar en España la dictadura del proletariado. Empujada así por la senda de la violencia, la nación, qua ya tendía siempre a ella, se tornó más violenta qua nunca»*.

Usted hoy pretende ensuciar la memoria de mis mayores, de la mano de la hijastra de Fidel Castro, a quien ha encomendado la tarea de borrar del callejero el recuerdo de sus asesinatos y de quienes nos defendieron. Cobrará por ello. Yo no cejaré, con mi pluma heterosexual, en señalar su odio, su catadura moral, su tremenda mentira y la bajeza de sus intenciones y actos, abuelita.

Confío que los españoles entiendan qué representa usted y les nieguen su confianza muy pronto. Yo respeto la voluntad de los españoles, como la Ley, pero solo mientras ustedes lo hagan. No pondré la otra mejilla cuando inicien el saqueo que conoció mi abuelo y que aún hoy perpetrar marxistas como usted a cubanos y venezolanos, hermanos de España y constituyentes de «La Pepa» con Bolívar y otros patriotas.

Retirar la calle al general Saliquet y sus compañeros de armas, o las que recuerdan el genocidio cristiano, solo sitúa su odio y ensalza las gestas de ellos. No hubo un solo caso de apostasía en la Guerra Civil, los cristianos dieron su vida, mártires.

Mi sonrisa la guardo para los míos, señora. Vaya usted con dios «compañera Manuela». «La Pasionaria» también pidió confesión antes de su muerte, cuando, como usted, ya era anciana.

Que pase una muy Feliz Navidad.

Tomado de *La Tribuna del País Vasco*